

ISBN 978-84-942103-2-7



9 788494 210327

La relación del ferroviario Pancho con su máquina bien se puede asimilar a la que mantiene con su amante Teresa. El trato parece el mismo; similar, la pasión con una y otra. A ambas, a su mujer y a su máquina Prieta, domestica, a las dos acaricia, lubrica, percibe sus olores y siente sus gemidos.

Y acabará lamentado su pérdida a través de pasajes conocidos y desconocidos, atrapado finalmente en vericuetos y laberintos a los que uno no sabe cómo llegó ni tampoco como saldrá.

Elena Poniatowska, dando muestras de un poderoso impulso creador unido a la necesidad de recuperar las voces de los otros, se aventura, con penetración, lirismo, humor, sensibilidad y oficio notables, en esas zonas oscuras en las que rara vez se adentra la literatura mexicana: las relaciones entre sexos y entre las clases sociales.



ELENA PONIATOWSKA

MÉTASE MI PRIETA, ENTRE EL DURMIENTE Y EL SILBATAZO

MÉTASE MI PRIETA, ENTRE EL DURMIENTE Y EL SILBATAZO

ELENA PONIATOWSKA



Editorial Trifolium

Litterae

/ 2556



67125

Ilustración de la cubierta: Ánxela Pérez Meilán

Primera edición: febrero de 2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT

© del texto: Elena Poniatowska, 2014
© de esta edición: Editorial Trifolium, 2014

ISBN: 978-84-942103-2-7
Depósito Legal: C-412-2014

EDITORIAL TRIFOLIUM
Tfno.: + 34 660 530 525
editorialtrifolium@gmail.com
editorialtrifolium.blogspot.com

Maquetación: Opción Gráfica
Impresión: Lugami Artes Gráficas

R. 67125

V
2556

ELENA PONIATOWSKA

MÉTASE MI PRIETA, ENTRE EL DURMIENTE Y EL SILBATAZO



EDITORIAL TRIFOLIUM
LITTERAE

El tubo de la luz perfora la noche y la locomotora se abre paso entre muros de árboles, paredes tupidas de una vegetación inextricable: “Soy yo el que avanzo o son los árboles los que caminan hacia mí”, se pregunta el maquinista rodeado de la densidad nocturna y del olor azucarado del trópico. Los pájaros vuelan dentro de la luz, se dirigen al fanal y se estrellan. Un minuto antes de morir tienen los ojos rojos. Toda la noche, el maquinista ve morir los pájaros. El fanal también enceguece las plantas, las vuelve blancas y sólo cuando ha pasado recobran su opulencia y más arriba se dibujan de nuevo las masas sombrías de los montes. A Pancho le gusta asomarse afuera de la locomotora y ver cómo, hacia atrás, todo regresa a la vida; los arbustos de vegetación cerrada resucitan, transfigurados, fantasmales, se persignan deslumbrados ante la luz. Después, la noche los traga, inmensa y hosca como ese ejército de árboles que se despliega sobre centenares de kilómetros a la redonda con quién sabe qué secreta estrategia de guerra. Entre tanto, los

vuelos entrecruzados de mil insectos luminosos atraviesan la oscuridad del cielo; hasta se oye el estertor de algún animal cogido en una trampa y uno que otro grito de pájaro herido. Pancho piensa fascinado en los miles de pájaros que caen sobre los rieles; de ellos no han de quedar ni los huesitos, huesitos de pájaro, palillos, ramitas, lo más frágil. El reflector eléctrico pesa media tonelada e ilumina a dos kilómetros de distancia; dentro de esa luz blanca los insectos bailan hasta que amanece. (Camilo les dice "inseptos"). A medida que despeja, va acallándose el rumor de la noche; las chicharras, los gritos extrañamente humanos de los pájaros, los movimientos oscuros del suelo vegetal y pesado, las aguas secretas, sinuosas, que terminan por ahogarse en el pantano. Pancho entonces se recarga y cierra los ojos, suspira, se echa para atrás en el banquillo de hierro; pasa su mano fuerte sobre su cara como si quisiera zafársela; lo único que logra es quitarse la cachucha, alisa sus cabellos, ha llegado su hora de dormir; dentro de un instante bajará de la locomotora a tirarse en cualquier camastro, el primero que encuentre hasta que vuelva la no-

che. Después del sueño, montará de nuevo en su máquina, su amor despierto, el río de acero que corre por sus venas, su vapor, su aire, su razón de estar sobre la tierra, su único puente con la realidad.

Lo más bonito de Teresa, además de su gordura, era su prudencia; mejor dicho, su absoluta incapacidad para la intriga o la malevolencia. Él regresaba echando pestes contra el jefe de patio general; que se iban a unir todos para sacar al desgraciado, que por algo había un sindicato, que... y Teresa con sus ojos fijos de vaca buena, respondía con voz tranquila:

-Pues a ver.

Nunca un juicio, nunca una palabra de más. Desplazaba lentamente su gran pasividad de la cocina a la recámara, a la azotehuela, y parecía abarcarlo todo. Nada le hacía mella, nada alteraba su humor parejo y, sin embargo, cómo le gustaba a Pancho que Teresa se sentara encima de él a la hora del amor; él de espaldas en la cama y ella en cuclillas, montada en su pecho, sus piernas acinturándolo; tan enorme,

que Pancho no alcanzaba a verle el rostro, asfixiado como estaba por su vientre, sus muslos fortísimos, pero qué dulce, qué reconfortante asfixia. Pancho se sentía entonces tan satisfecho como frente a los controles de su máquina; una espesa felicidad le resbalaba por dentro; bullía el metal líquido que sale del horno de la fundidora con el color puro y blanco de la luz del sol. Pancho pasaba de la plenitud nocturna sobre los rieles de la ruta del sureste, erecto frente a la ventanilla de la locomotora, a la plenitud de la siesta de las tres de la tarde cuando estiraba la mano para sentir el grueso, el cálido brazo de Teresa, y atraerla hacia sí, abrazar esa mole tierna y blanda, y hundirse en ella una y otra vez como los pájaros azotándose contra el faro de luz, una y otra vez sus ojos rojos. Siempre hacía el amor, a eso del mediodía, Teresa con una diadema de sudor en la frente. De la cocina venía el crepitar de la carne de puerco friéndose bajo la tapadera, para que no fuera a resecarse y en Pancho se duplicaba la gula; cogía morosamente y pasaba de una mesa a otra, apenas con el pantalón del pijama. Se sentaba frente al caldo de médula servido por Teresa

a quien un tirante del fondo le resbalaba sobre el brazo, ella también comía viéndolo a la cara mientras volteaba, con el brazo estirado, las tortillas en el comal; sopeaban, tomaban su tiempo, sorbían acumulando en su lengua caliente y agitada nuevas sensaciones, como si continuaran el acto amoroso y lo perpetuaran. Muchas veces, al terminar de limpiarse la boca con la mano, Pancho jalaría de nuevo a Teresa hacia un lecho revuelto y grasiento. Permanecían después el uno en los brazos del otro, la nuca sudada de Teresa sobre el hombro de Pancho, el miembro mojado de Pancho caído encima de la pierna de Teresa, quien sentía cómo aún escurría el semen. Así se hundían en el sueño. Pero a veces Teresa se agarraba del cuello de Pancho como si fuera a ahogarse, a punto de caer a lo más hondo del océano, de su océano, su propia agua; Pancho entonces la deseaba con furia por la dependencia en su abrazo y por esa expresión extraviada en sus ojos redondos. A las seis cuarenta en punto se despedía de ella desde la puerta, en el tardío momento en que Teresa se ponía a lavar los trastes, a levantar su cocina. Cuando Pancho

regresaba de su corrida a las seis de la mañana dos días más tarde, la encontraba dormida, se colaba entre las sábanas junto a ella y ella lo recibía con un murmullo de aquiescencia. En el curso de la mañana, Teresa abandonaba el lecho, trajinaba, se ponía a escombrar como decía ella, a planchar ropa. Ya cerca de las dos de la tarde volvía a acostarse junto a él, así vestida, para hallarse al alcance de su deseo a la hora en que él despertara.

-No, Pancho, si ésta no se lubrica.

-¿No le voy a lubricar las chumaceras?

-No, en la máquina diesel todo este trabajo es automático.

-Y los pernos de conexión ¿tampoco los voy a lubricar?

-No, haz de cuenta que todo está hecho.

-Pero ¿quién mantiene la máquina?

-Sola, se mantiene sola; un lubricador hidrostático a base de vapor, de presión, de agua

y de aceite, lubrica los cilindros. Esta diesel se hizo pensando en cómo facilitarles el trabajo a los operadores. Lo único que debes hacer es conducir.

Pancho mira a la máquina con desazón, no la reconoce, no sabe por dónde agarrarla. Por primera vez se siente fuera de lugar dentro de una locomotora. Todo está escondido; los controles se integran dentro de una superficie de acero que repele de tan brillante. También el patio de arriba brilla; los ventanales hacen que la estación parezca vidriería. “Nada es como antes –piensa–. Nada.” En otros tiempos, la mole negruzca de la locomotora despuntaba a lo lejos seguida por su penacho de humo y, en menos de que cantara un gallo, allí estaba estacionada, tapando con su negrura la claridad de la mañana. Entraba resoplando fatigas, echando los bofes y en forma desafiante se asentaba sobre los rieles con un rechinido de muelles. Todavía resonaban sus bufidos triunfales. De ella descendían los ferrocarrileros y se despedían o se saludaban a gritos con el regocijo de haber llegado a casa; al bajar,

palmeaban su máquina, le daban en el lomo como a un buen animal viejo, la acariciaban con la mano abierta, unas caricias anchas, a querer abarcarla toda. Pancho se quedaba con la Prieta en el patio de carga, enfriándola, y le gustaba escuchar los martillazos que provenían del taller de carros y de ejes y de ruedas, uno, dos, uno, dos, sobre los yunques y que en sus oídos resonara el ronroneo de los tornos como antes habían resonado los silbidos de la locomotora. Cuando los peones enderezaban la vía reumática con barretas para nivelarla, se quejaban y gritaban en medio de su esfuerzo por levantarla: “¡Eeeeeeeeh! ¡Ooooooooooh! ¡Eeeeeeeey!” Como que resentían en su propio cuerpo los achaques de los rieles y se solidarizaban. Y todo esto en medio de la respiración uniforme de las calderas y del continuo tracatrac de las pistolas de aire. Pancho le advertía al mecánico mientras se alejaba contento, dueño del terreno: “¡Allí te la encargo, al rato vengo a darle su vueltecita!” Los trenistas pasaban entre los botes de chapapote, los montones de estopa, saltaban el balasto con la alegría retozona del que reconoce su casa; sor-

teaban los envases vacíos, las cajas desvencijadas, los fierros torcidos, el cochambre. Cierto que no todo era limpio, el balasto yacía cubierto de porquerías, de cosas vivientes ahora carbonizadas, de trozos sueltos de carroña, de herramientas relegadas, toda esta basura que dentro de diez mil años no se distinguiría de los desechos orgánicos e inorgánicos que el tiempo o quizá el mar pulveriza hasta convertir en arena. Una linterna escarbaba la tierra de cabeza; un armón abandonado mostraba sus tripas, la basura ya iba para montaña, pero la actual nitidez de los carriles sacaba de quicio a Pancho.

-¿Entonces, ésta no se lubrica?

-No, Pancho, ya te dije que no.

-Bueno ¿y la Prieta?

-La mandamos a Apizaco. Allá la correrán en algunos tramos cortos.

-Pero ¿por qué carajos no me avisaron que se la iban a llevar?

-A nadie se le avisó Pancho, llegaron las diesel de 3000 caballos y quisimos ponerlas en servicio de inmediato.

-Ayer me tocaba descanso, por eso se aprovecharon.

Igual que la Teresa. A traición, a mansalva. Un día no amaneció. Después le dijo un peón de vía que la había visto subir a un carro izada por una mano de hombre, que al hombre no lo había podido semblantar pero bien que se fijó cómo Teresa daba el paso rápido sin mirar para ningún lado. En la casa faltaba el viejo veliz panza de buey que siempre acompañó al maquinista. Durante muchos días Pancho siguió estirando la mano para tomar el grueso brazo de la Teresa y atraerla hacia sí, hasta que optó por ir a la estación y aventarse dentro de la cámara sombría de su otra mujer, guarecerse en su vientre que aun en tierra parecía estar meciéndose, y dormir hecho un ovillo en contra de la lámina diciéndole lo que nunca le había dicho a Teresa: "Prieta, prietita linda, mi amor adorado, mamacita chula, prieta, rielerita, eres mi querer, prieta coqueta" hasta

que sus labios quedaran en forma de a, la a de Prieta, ese nombre pronunciado como encantamiento en contra del dolor y el abandono. Y ahora le salían con eso: con que tampoco estaba la Prieta:

-¿Cuándo se la llevaron?

-Anoche.

Pancho había estado en una junta de sección, en el momento mismo en que la Prieta, lenta, solapadamente, se deslizaba sobre los rieles, conducida por otro maquinista.

-¿Quién la sacó?

El superintendente se impacienta.

-Ve a preguntar al secretario.

-Yo con los cagatintas no me meto. Ésos ni ferrocarrileros son.

-Hombre, no se trata de eso, las cosas están cambiando para bien, es el nuevo reglamento, tiene que aumentar la fuerza tractiva

de Ferrocarriles, nos va a beneficiar a todos. Además date de santos que tu locomotora no se va a vender como chatarra a Estados Unidos. Se van a vender casi tres mil carros que están en pésimas condiciones.

-Chingue a su madre.

Pancho da la media vuelta antes de que el superintendente pueda responder. Se larga, al cabo siempre ha sido tragaleguas, y piensa: "Si me alcanza, aquí nos damos en la madre". Casi lo desea, pero el otro no viene, nadie lo sigue. Camina entre el ardor de los rieles que le relampaguean en los ojos, acerándoseles, rebanándolos; pisa el balasto para que no se le enchapopoten los zapatos y al hacerlo recuerda con qué gusto barría la tierra la Teresa, y eso que lo hacía con una escoba tronada; intenta retener la imagen, que barra frente a él, pero el calor parece fundirlo todo; ménsulas de señales, rieles, durmientes, muelles, remaches, en una gelatina gris y espesa, el acero se desintegra, ahora son puros terrones, sí, es tierra común y corriente, "si viene un tren ni madres,

no me muevo". En una barda recién pintada con chapapote relumbra el letrero: "Viva Demetrio Vallejo". Camina sin parar, el sol en la nuca taladrándole los hombros. Hace rato que salió de Balbuena y pasó bajo el puente de Nonoalco; hace rato que entró a los llanos, ya ni guardacruces hay, ni un solo hombre sentado en algún muelle, ni uno que patee encorvado la grava con los pies, ni uno que juegue con la arena, con las piedritas que luego se les caen a las góndolas, sólo por allí un zapato desfundado, vencido como él y más allá un cabús pudriéndose al sol. Ya ni torres de vigilancia, ni grúas. Le parece escuchar un llorido de zapatas, "híjole ya estoy oyendo voces", ni un solo convoy con sus carros cargados de azufre del Istmo de Tehuantepec, ni uno solo de sal, hay que seguirle, poner un pie frente al otro durante quién sabe cuántas horas hasta el atardecer, la garganta seca, al cabo ya está acostumbrado, aguanta eso y más, aguanta un chingo. "Tengo que llegar a alguna estación para no quedarme aquí en despoblado", pero como ninguna casa reverbera en la distancia, Pancho se sale de los rieles y se tira a un lado